

cenios, se mantuvo tenazmente frente a las críticas más concluyentes, constituyendo una prueba máxima de esa suicida voluntad de desvalorar al hombre que aqueja, desde hace un siglo, al espíritu europeo.

Y en tiempos bien recientes, hemos asistido al éxito alcanzado por una nueva doctrina de la Historia, la de Oswald Spengler. Con toda la nobleza de su doble raíz, enriquecida en la problemática de Nietzsche y en el método goethiano, y con toda la pasión de su lenguaje, la filosofía de la Historia formulada por Spengler, es igualmente desoladora. También allí queda anulado el hombre. También allí el protagonista de la Historia es una entidad inhumana y abstracta. Las culturas son el verdadero sujeto histórico, y las culturas están regidas por una fatalidad en todo análoga a la que rige el mundo natural. Un alienato de fatalidad sacude todo cuanto existe sobre la tierra. Ciclos de ineludible rotación articulan el acontecer humano. Las culturas crecen en una «sublime carencia de sentido», como las plantas. Nada significa la voluntad de los hombres. Sólo la aceptación del destino, la obediencia a los hados, puede conferir grandeza a los héroes o a los pueblos.

Tal es el espectáculo de nuestra época. Desde hace más de un siglo el espíritu europeo no acierta a explicarse la historia si no es desde zonas extrañas a la personalidad misma del hombre, como si la Historia no fuera en modo alguno el mundo de la voluntad, sino—a la manera de la física clásica—el mundo de la forzosidad mecánica e ineludible. Para unos, el frío esquematismo de una rotación de conceptos, a la manera de Comte; para otros, la aplicación de unas pretendidas leyes del mundo biológico (Spencer); el despliegue de las causas económicas o el fatalismo cíclico de Spengler.

